

Selección RNR

*Un alto  
precio*

KIM HEPP



Romance Histórico

Un alto precio (Selección RNR) (SpanishHepp,  
Edition) Kim

# UN ALTO PRECIO

*Kim Hepp*

1.ª edición: marzo, 2016

© 2016 by Kim Hepp

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-398-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Un alto precio (Selección RNR) (SpanishHepp,  
Edition) Kim

*Dedicado a ti, mi angelito de la guarda: Lidia Rosa González Zubil*

## Contenido

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria

Prólogo  
Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII  
Capítulo XIII  
Capítulo XIV  
Capítulo XV  
Capítulo XVI  
Capítulo XVII  
Capítulo XVIII  
Capítulo XIX

Capítulo XX  
Capítulo XXI  
Capítulo XXII  
Capítulo XXIII  
Capítulo XXIV  
Capítulo XXV  
Capítulo XXVI  
Capítulo XXVII  
Capítulo XXVIII  
Capítulo XXIX  
Capítulo XXX  
Capítulo XXXI  
Capítulo XXXII  
Capítulo XXXIII  
Capítulo XXXIV  
Capítulo XXXV  
Capítulo XXXVI  
Capítulo XXXVII  
Capítulo XXXVIII  
Capítulo XXXIXL  
Capítulo XL  
Capítulo XLI  
Capítulo XLII  
Capítulo LXIII  
Capítulo XLIV  
Capítulo XLV  
Capítulo LXVI

Capítulo LXVII  
Capítulo LXVIII  
Capítulo XLIXL  
Capítulo L  
Capítulo LI  
Capítulo LII  
Capítulo LIII  
Capítulo LIV  
Capítulo LV  
Capítulo LVI  
Capítulo LVII  
Capítulo LVIII  
Capítulo LIX  
Capítulo LX  
Capítulo LXI  
Capítulo LXII  
Capítulo LXIII  
Capítulo LXIV  
Capítulo LXV  
Capítulo LXVI  
Capítulo LXVII  
Capítulo LXVIII  
Capítulo LXIX  
Capítulo LXX  
Capítulo LXXI  
Capítulo LXXII  
Capítulo LXXIII

Capítulo LXXIV  
Capítulo LXXV  
Capítulo LXXVI  
Capítulo LXXVII  
Capítulo LXXVIII  
Capítulo LXXIX  
Capítulo LXXX  
Capítulo LXXXI  
Capítulo LXXXII  
Capítulo LXXXIII  
Capítulo LXXXIV  
Capítulo LXXXV  
Capítulo LXXXVI  
Capítulo LXXXVII  
Capítulo LXXXVIII  
Capítulo LXXXIX  
Capítulo XC  
Capítulo XCI  
Capítulo XCII  
Capítulo XCIII  
Capítulo XCIV  
Capítulo XCV  
Capítulo XCVI  
Capítulo XCVII  
Capítulo XCVIII  
Capítulo XCIX  
Capítulo C

Capítulo CI

Epílogo

Agradecimientos

## PRÓLOGO

Estaba realmente emocionada por esa fiesta. Si bien estaba acostumbradísima a esas reuniones, saber que podía ver a Miguel la sonrojaba de pies a cabeza. El joven aún no se declaraba abiertamente, lo que la tenía sumamente nerviosa, sin embargo, estaba más que segura que su destino estaba a su lado.

Se veía muy hermosa. Hasta el último detalle de su atuendo estaba muy bien planeado. Todo, como siempre, alcanzaba la más impecable perfección, al igual que en su vida. Desde el momento que llegó al mundo le hicieron entender que había nacido en una posición sumamente privilegiada, lo que hacía que siempre cumpliera con su deber de ser la jovencita perfecta.

Su hermoso cabello, color castaño claro, siempre iba muy bien arreglado en un tomado que dejaba libre solo unos bucles que le daban una coquetería natural. Sus grandes y almendrados ojos color miel le otorgaban un aire de supremacía y altanería que apoyaban su fuerte carácter, el cual debía permanecer escondido.

Con sus veinte años, conocía cada una de sus responsabilidades como mujer y cada día se esmeraba por reprimir todos sus sentimientos de rebelión interna, para someterse a las reglas impuestas por la sociedad de la época, quienes hubieran repudiado que una muchacha de buena familia como era la suya tuviera unas inmensas ganas de, por una vez, no hacer lo que se le mandaba.

—¿Catita, estás lista? Nos están esperando. —Omayra compartía una belleza muy parecida con su prima, sin em-

bargo, la tranquilidad que la atravesaba causaba que un brillo especial se le anidara en los ojos, haciendo que brillara para todo el mundo. Sin duda, ambas eran las señoritas más solicitadas de la sociedad.

—Sí, Omy, ya estoy lista. Solo déjame... —Acomodó su pequeño sombrerito sobre su cabeza y miró a la joven, buscando su aprobación—. ¿Qué dices? ¿Me veo bonita? —Catalina esperó con ansias la respuesta. A pesar de que era muy segura de ella misma, siempre tenía la necesidad de que todos se lo corroboraran.

—Por supuesto que te ves bonita. Eso ya lo sabes, ¿nos podemos ir? —A pesar de que estaba presionándola para salir, la voz de Omy estaba cargada de buen humor, el cual también se reflejaba en la sonrisa imborrable que tenía en los labios y que le otorgaba mucha más luminosidad.

—Sí, ya voy, tranquila. —La joven ladeó la cabeza, generando que su prima pusiera los ojos en blanco—. Yo sé por qué estás tan apurada. —La frase fue hecha con un cantito de burla—. Tienes ganas de ver a Ignacio. No sé porque te produce tanta vergüenza si te casas en menos de dos meses con él. No puedo creer que seas tan vergonzosa. —Catalina pasó por su lado y le dio un abrazo, para luego salir de la habitación, seguida por su querida prima.

La familia Castañeda era una de las más respetables y adineradas de España. Su nombre y escudo familiar eran conocidos en muchas ciudades, siendo los invitados de honor en cada una de las fiestas a las cuales iban. Fernando Castañeda y su esposa Antonia demostraban para todo el mundo ser la pareja perfecta.

—Ya era hora, niñas. Creí que no bajaban nunca. Omyta, preciosa, te ves sublime. —Antonia inspeccionó inmediatamente el vestido de su sobrina y de su hija y en cada uno

arregló un pequeño detalle. Cada cosa en esas dos jovencitas debía ser más que perfecto, generando que nunca perdieran su gran posición.

—Tranquila, querida, que llegaremos a tiempo. —Fernando se fue a su mujer y depositó un tierno beso en su frente. Desde hacía mucho que Antonia lo sentía muy alejado, sin embargo, no se había atrevido a preguntarle qué era lo que le rondaba la cabeza y no lo dejaba tranquilo.

—Catita, el vestido azul te hubiera quedado mucho mejor... —Se acercó a su hija y le arregló unas pequeñas arrugas en el vestido. A pesar de que sabía que su hija se molestaba con sus constantes críticas, Catalina se mantuvo en silencio, lo último que quería era iniciar una discusión antes de ir a la fiesta, sobre todo que Miguel había llegado del campo.

—Señora mía, mis lindas señoritas, ¿nos vamos? —Absorto en sus pensamientos, Fernando se dirigió a la puerta para apurar a las mujeres. No tenía ganas de ir a esa reunión, con todos los problemas que martillaban su cabeza, sin embargo, estaba más que claro que debía seguir aparentando frente a su familia.

Antonia, junto a su sobrina, se adelantó, mientras la mujer revisaba los detalles de su segunda hija, lo que le permitió a Catalina observar con mayor detención a su padre. Desde hacía mucho lo notaba muy preocupado, generando en ella unos enormes nervios y una intensa necesidad de saber qué era lo que pasaba.

—Papá, ¿estás bien? —Catalina se puso frente al hombre y le acarició con ternura su mejilla, intentando con ese gesto conseguir acercarse mucho más a su padre, quien era uno de sus pilares más importantes—. ¿Necesitas ayuda en algo? —Sabía que si se inmiscuía en los problemas de su

padre, su madre pondría el grito en el cielo, sin embargo, se atrevió a hacerlo.

—Claro que estoy bien, mi pequeña, solo un poco cansado, son muchos los negocios que tengo últimamente. — Le dio un beso en la frente e intentó tranquilizarla—. Todo está bien, hija. —Luego, le ofreció su brazo para salir de la casa. A pesar de las palabras de su padre, Catalina sabía que detrás de todo eso había algo más.

\*\*\*

—DIJE QUE TENÍA QUE ESTAR TODO LISTO HACE UNA HORA. —como siempre, Aníbal se dedicaba a gritarle a todos sus trabajadores. El hombre, que si bien era entrado en años, tenía un cuerpo bastante fornido, avalando su fuerte carácter y tiránicas órdenes, las cuales asustaban a todo el mundo.

—Abuelo, ¿qué pasa ahora? —Ignacio entró en la cocina justo en el momento que el hombre amenazaba con su bastón a una de las empleadas de la cocina. Nunca soportó la manera que Aníbal trataba a la gente, ya que su forma cruel no solo se limitaba a lo verbal, generando que en más de una ocasión sus trabajadores terminaran con algún golpe.

Ignacio nunca fue feliz en esa casa, ya que si bien no conoció la ira de su abuelo, sí tuvo que mantenerse sometido a su maligna voluntad. Desde hacía mucho tiempo vivía con él, después de ese cruel accidente que lo dejó sin sus padres y a cargo de su hermano menor.

—PASA QUE ESTOY RODEADO DE INEPTOS. —Sabía que si tocaba a alguna de las mujeres de esa cocina, una intensa pelea se iba a desatar con su nieto, y en ese momento no tenía mayores ganas de que eso pasara. Sus invitados llegarían muy pronto y debía demostrarse como el hombre educado que todos creían.

—Abuelo, ¿hasta cuándo tratarás a la gente de esta manera? —Ignacio estaba cansado de todo lo que tuviera que ver con ese hombre. Los tormentos que había pasado al lado de él lo habían agotado, haciendo que después de su matrimonio solo quisiera salir muy pronto de esa casa.

—Hasta que me pudra en el infierno, esta es mi casa y tengo el derecho de tratar a todos como yo quiera. —Se acercó, amenazante, a su nieto y muy cerca de su cara continuó—: ¿Te queda claro? —Sin esperar la respuesta de Ignacio, salió de la cocina, topándose con Miguel, quien lo saludó con mucho entusiasmo.

Ignacio golpeó un recipiente, el cual se deshizo en mil pedazos en el suelo, asustando aún más a las pobres criadas, con quienes se disculpó de todo corazón. No era común que perdiera los estribos, pero cada conversación que mantenía con Aníbal lo dejaba completamente nervioso.

—¿Qué fue lo que pasó ahora? —Miguel tomó una manzana del recipiente que había en la mesa y se sentó en la silla para escuchar a su hermano. Prefería no meterse en problemas, pero siempre estaba ahí para escucharlo. Conocía a la perfección el carácter complicado de su abuelo, por ende, simpatizaba con Ignacio.

—Pasa que no lo soporto más. Es un ser tan déspota y cruel que me supera. No sabes las ganas que tengo de irme lo más pronto posible de esta casa. —Repitió la acción de su hermano sentándose frente a él, quien lo miraba un

tanto divertido, enojándolo aún más de lo que estaba—. ¿Me explicas que te parece tan divertido?

—Me parece divertido que siempre termines engan-  
chando con las pataletas de mi abuelo. ¿No te das cuenta  
que no hay que tomarlo en cuenta? — Miguel enfatizó sus  
palabras, inclinándose en la mesa. A pesar de que entendía  
a Ignacio, no le gustaba hacerse problemas por nada.

Ignacio se sobó los cabellos y sin decir nada más, se pa-  
ró para prepararse para la reunión. Estaba dispuesto a olvi-  
dar ese incidente y dedicarse a pasarlo bien, sobre todo  
porque tendría unas buenas horas al lado de la mujer que  
más amaba en su vida. Miguel observó como su hermano  
salía y tomó la segunda manzana.

\*\*\*

—¿Estás segura que se prepara para la fiesta? —Benja-  
mín estaba muy sorprendido con la información que le da-  
ba Rosa. Su hermano jamás iba a una reunión social, ya que  
todos los aristócratas le molestaban mucho. En esa visita  
había algo más y estaba dispuesto a averiguarlo.

—Sí, mi niño, está en su habitación vistiéndose. Me dijo  
que le preparara su mejor traje, y eso hice. —Rosa le dio un  
beso en la mejilla a Benjamín, quien se encaminó directa-  
mente al cuarto de su hermano. Iba a averiguar qué era lo  
que pasaba, ya que cada idea que tenía Gabriel tenía que  
ser analizada por él primero.

Hacía muchos años que dependía de su hermano, en to-  
dos los sentidos. Desde ese horrible día en que la vida de  
ambos había cambiado de la manera más cruel, haciendo